

Peregrinaje de perfección: Lope De Vega y Pío Baroja entre la religión y el imperio

David Rodríguez Berea

Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México

De entre los distintos periodos que conforman la historia de la literatura española, hay dos cuyo estudio no puede dejar de lado la cuestión de la crisis política, moral o religiosa. El primero de estos se desarrolla durante los años de los gobiernos de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, monarcas a quienes nuestro siglo anterior ha otorgado el título de “Austrias menores”. El segundo tiene una fecha más específica: el Desastre de 1898, donde la pérdida de Puerto Rico, Cuba y Filipinas marca el fin de la era imperial hispánica comenzada con la Conquista de Granada y el arribo de Cristóbal Colón a América en 1492.

Se trata de dos épocas que, sin embargo, dieron a España una estela de generaciones literarias brillantes cuyos nombres se escriben hoy en letras de oro. Por un lado, están Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y Calderón de la Barca, inventores de una tradición literaria más allá de las columnas aristotélicas impuestas por el Renacimiento; por el otro, Unamuno, Azorín, Baroja y Valle-Inclán, responsables de reedificar la literatura y pensamiento españoles luego del desastre y en medio de esa nueva época de crisis política y moral que se anunciaba ya desde los primeros años del siglo XX.

De entre las cuestiones literarias en común, es importante advertir que las dos generaciones prestaron particular atención al problema de la novela, aquel género moderno que tan bien sirvió a ambas para representar las inquietudes y problemáticas de un mundo cuyo funcionamiento debía examinarse también a partir de la ficción. Destacan entre todos, los nombres de los dos Migueles: el de Cervantes y el de Unamuno. Ambos fueron herederos de una tradición riquísima que, sin embargo, ya no ofrecía una solución a la de los nuevos problemas a los que España se enfrentaba. Ni idealizados caballeros andantes ni pastores poetas podrían hacer frente a aquel mundo de pícaros y ladrones; como tampoco, las heroínas y quijotes decimonónicos de Galdós a esa nueva crisis existencial de Augusto Pérez en *Niebla* o a aquella religiosa del párroco don Manuel en *San Manuel Bueno, mártir*.

Los otros nombres son los de Pío Baroja, Valle-Inclán, y sus propuestas narrativas siempre a la luz de esa rivalidad generacional frente al autor de los *Episodios nacionales* de la que hablaba Azorín: “Ley fatal es que los jóvenes combatan a los viejos. Y que los viejos opongan resistencia a los jóvenes. Debe ser así. En la resistencia de los viejos encuentran los

jóvenes, exasperados, corroboración para sus ideas y redoblamiento —aunque no sea más que por despecho y venganza— para sus esfuerzos” (Azorín 1943: 1003). Pero si de rivalidades se habla, hay que ir al Siglo de Oro donde aparece, frente a Cervantes, el nombre de Lope de Vega, autor de una serie de obras en prosa correspondientes a los géneros narrativos entonces en boga: la *Arcadia*, *El peregrino en su patria*, *Los pastores de Belén*, *La Dorotea* y, por supuesto, las célebres novelas a Marcia Leonarda extraídas de *La Filomena* y *La Circe*.

De entre estas obras del Fénix de los Ingenios hay que destacar *El peregrino en su patria* a propósito de las dos cuestiones hasta aquí mencionadas. Esta novela interesa tanto a nivel genérico por las innovaciones introducidas dentro de la discusión de la novela griega, como a nivel intelectual a causa de las posibilidades épico-laudatorias que el modelo de Heliodoro permitía introducir dentro de ese constante diálogo entre religión e imperio, el cual se advierte tanto en los poemas épicos propiamente dichos como la *Jerusalén conquistada* o bien en el teatro en comedias como *El asalto de Maastrique*, *El Brasil restituido* o *La mayor victoria de Alemania*. La relación entre religión e imperio se manifiesta en la novela de Lope de Vega a partir de la aparente contradicción que existe al sugerir que se puede peregrinar dentro de los límites de la península hispánica, lo cual ha llevado a críticos como A Valle-Arce a plantear alguna concomitancia entre la novela de aventuras —con sus héroes épicos descendientes de Ulises— y la novela picaresca, donde el movimiento del protagonista se lleva a cabo de ciudad en ciudad:

Evidentemente, era circunstancial a la idea de peregrinación el hecho de estar desarraigado de la patria. Por consiguiente, Lope introduce su nueva novela con una paradoja conceptual: un peregrino en su propia patria. Desde un punto de vista conceptual esto implica un desafío a la novela picaresca, ya que era el pícaro quien había dado vida a la paradoja de un peregrino en su patria, pero así como las peregrinaciones de éste forman el registro del progreso del vicio, el protagonista de Lope registra la peregrinación de la virtud (A Valle Arce 2001: 32-33).

Las peripecias y habilidad de los protagonistas para superarlas son aquel elemento unificador entre estos dos héroes tan dispares. A ellos se suma la cuestión horaciana del deleitar moralizando por medio de la narración del viaje bizantino y el recorrido picaresco. Este movimiento, en el particular caso de *El peregrino en su patria*, contribuye a la finalidad épica de sus cinco partes a partir de las dualidades utilizadas también en su lírica (la de lo humano y lo divino). Se vuelve, asimismo, patente este contraste en lo que respecta a la representación de la Monarquía Hispánica (poder político) y su defensa de la fe (poder religioso), pero también en la figuración del hombre exiliado tanto de su patria material, en este caso Toledo, como de su patria espiritual, lo cual se expresa en esa inquietud por amores, al estilo de Petrarca, que desencadena la acción principal de la novela.

Queda claro que *El peregrino en su patria* podría haber suscitado algún interés para la Generación del 98, ya que el viaje por España y consiguiente representación paisajística se habría podido convertir en protagonista dentro de la producción literaria de estos autores: bastaría recordar *Campos de Castilla* de Antonio Machado o las *Poesías* de 1907 de Miguel de Unamuno. No obstante, los estudios de Ortega y Gasset demuestran que fue el *Quijote* de Cervantes la novela cuyo impacto fue mayor para la generación de Unamuno y Baroja, a la cual, en todo caso, pareció haberle importado más *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* que la novela del Fénix de los Ingenios, como bien puede leerse en *Madrid* del mismo Azorín.

Sin embargo, es importante anotar también que el autor de *Diario de un enfermo* “se queja —en palabras de Alfonso Reyes— de que nadie lea un libro donde la naturaleza y el paisaje de España aparecen tan intensamente sentidos” (Reyes 1996: 73). Y es que, como decía Reyes en 1919, incluso hoy a *El peregrino en su patria* “sólo consultan los eruditos para discutir atribuciones y cronologías más o menos cautamente fundadas en la lista que va inserta en el proemio” (Reyes 1996: 73). Y es que si algo distingue al *Persiles* de la novela de Lope es esa ironía, propia de Cervantes, que pone en vilo el equilibrio épico-religioso construido por el Fénix de los Ingenios a un año de que su rival publicara la primera parte del *Quijote* en 1605.

Ahora bien, las implicaciones del recorrido heroico de la novela de Lope de Vega tienen mayores consonancias con la época de crisis diagnosticada por los miembros de la Generación del 98, principalmente con *Camino de perfección* de Pío Baroja, una de las cuatro novelas que han recibido la denominación de “novelas de 1902” a lado de *La voluntad* de Azorín, *Amor y pedagogía* de Unamuno y la *Sonata de otoño* de Valle-Inclán.

Camino de perfección era el título que Santa Teresa había usado en uno de sus importantes tratados acerca del comportamiento ideal de las monjas carmelitas en torno a la década de los sesenta del siglo XVI. Esto, además del subtítulo de la novela de Baroja, “pasión mística”, ha hecho que los críticos se preocupen por encontrar algunas similitudes entre este tratado y la novela. No obstante, como bien documenta Manuel Sol, la novela de Baroja podría guardar una mayor relación con *Las moradas* de la misma autora, justamente a causa de ese movimiento espiritual a lo largo del castillo del alma hasta su unión con Dios. De esta manera, la novela de Baroja se ha leído a partir de las tres vías místicas: la vía purgativa, cuando el protagonista, Fernando Ossorio, se da cuenta de la vanidad de su vida entre la burguesía madrileña; la vía iluminativa, cuando sale de la capital y emprende su camino por Toledo y Yécora; y la *vía unitiva* cuando en un pueblo de Castellón decide casarse con Dolores y poner fin a su desordenada vida (Sol: 1985).

Independientemente de los intereses paisajistas de Azorín, este peregrinaje desde el exilio hasta el matrimonio tiene una estructura muy similar a la de cualquier novela de aventuras de aquellos años en los que el Pinciano teorizaba sobre Heliodoro. Claro está que tales similitudes deben entenderse dentro del contexto de la novela post-decimonónica: no habrá inicios *in medias res*, ni episodios maravillosos, ni elocuentes discursos al modo de Eneas y Persiles. Por el contrario, hay algunas secuencias inconexas, propias de la novela de la Generación del 98, y un profundo pesimismo animado por la filosofía de Nietzsche y Schopenhauer que tan bien conocía Baroja, y que pudieron haberle servido de vehículo para conocer su propia tradición literaria por el interés que estos mostraron, principalmente, por Baltasar Gracián.

Es en este sentido que si se toma *El peregrino en su patria* de Lope de Vega y *Camino de perfección* de Pío Baroja hay que pensar en el molde de la primera, al que la segunda vierte nuevas reflexiones e ideas sobre la realidad de España y del hombre ante el mundo. Las dualidades épico-religiosa, heroico-picaresca, y humana y divina de la novela de Lope de Vega puestas como clave de lectura para *Camino de perfección* permitirían ver, con mayor claridad, la cuestión del perfeccionamiento a lo largo de un peregrinaje que no solo se manifiesta en las moradas interiores del alma, sino también en las de la patria política, cuyos paisajes se recargan también de una serie de nuevos pensamientos a partir del diagnóstico de crisis de los novelistas del 98.

En primer lugar, hay que analizar los orígenes del peregrinaje de perfección. Tanto Pánfilo de Luján en *El peregrino en su patria*, como Fernando Ossorio en *Camino de perfección*, deciden emprender un viaje ante la urgencia de solucionar un problema que poco tiene que ver con la devoción con la que Persiles y Sigismunda abandonan su patria en la novela cervantina. Hay que recordar que no es el Jubileo lo que obliga a Pánfilo a huir de Toledo, sino, más bien, la necesidad de escapar ante una serie de malentendidos propios de una comedia de capa y espada que ponen en riesgo su vida al no aceptar casarse con otra mujer que no sea su Nise. En el caso de Pío Baroja sí hay una suerte de remordimiento de parte del protagonista cuando, en el capítulo séptimo, este quiere besar a su tía Laura en una iglesia, acto sacrílego donde el remordimiento se une a la cuestión del hartazgo de Fernando ante esa burguesía vana a la que pertenece.

Es decir que en ambos casos no hay una intención devota detrás del peregrinaje, sino, más bien, una acción desesperada que se presenta como consecuencia de una serie de malas decisiones que tienen que ver, en todo momento, con el amor o con el sexo. Como dato adicional habría, sin duda, que señalar que ambos protagonistas de familias acomodadas parten de una ciudad importante: el de Lope, de la imperial Toledo; el de Baroja, de ese Madrid que,

en palabras de Ortega y Gasset, se presentaba ante los ojos del autor de *Camino de perfección* como una excepción a la provincia de una España caracterizada por la monotonía aldeana (Ortega y Gasset 1983: 35).

La segunda gran similitud tiene que ver, claramente, con la cuestión picaresca del peregrinaje dentro de la propia patria. Un peregrinaje al que no basta la lectura de Santa Teresa ni la del *Guzmán de Alfarache*. Aquí hay que leer el viaje fuera de la patria física y fuera de la patria espiritual rumbo a ese perfeccionamiento. Importan aquí también los moldes lopescos y las ideas barojianas, pues lo que en *El peregrino en su patria* se muestra como un desfile de virtudes nacionales —valga aquí el anacronismo— en favor de la imagen de la Monarquía Hispánica de los Austrias, en *Camino de perfección* se convierte en reflexiones pesimistas sobre la ciudad de Toledo, cuya gloria ha disminuido a causa de la inmoralidad reinante:

Los caciques, dedicados a chanchullo; los comerciantes, al robo; los curas, la mayoría de ellos con sus barraganas, pasando la vida desde la iglesia al café, jugando al monte, lamentándose continuamente de su poco sueldo; la inmoralidad, reinando; la fe, ausente, y para apaciguar a Dios, unos cuantos canónigos cantando a voz en grito en el coro, mientras hacían la digestión de la comida abundante, servida por alguna buena hembra. (Baroja XXII: 370)

Otro ejemplo de los moldes lopescos y las ideas barojianas tiene lugar en uno de los episodios más célebres de *Camino de perfección*: el del encuentro de Fernando Ossorio con el alemán Schultze que la crítica ha considerado crucial para la evolución espiritual y psicológica del protagonista de la novela de Baroja.

En el libro segundo de *El peregrino en su patria*, Pánfilo se encuentra también con un alemán y un holandés, los cuales han decidido huir de sus respectivas patrias a causa del protestantismo ahí imperante. Este episodio en la novela de Lope de Vega se encuentra atravesado por esa dualidad de religión-imperio donde el elogio, de parte del alemán hacia España, tiene una finalidad del todo épica. Dice el alemán:

Los que en nuestra patria nos preciamos de católicos envidiamos la bondad y fortaleza de vuestros príncipes, y esta santa y venerable Inquisición, instruida por aquellos esclarecidos, felicísimos y eternamente venerables Reyes, con que enfrenada la libertad de la consciencia, vivís quietos, humildes y pacíficos al yugo de la romana Iglesia [...] Si hubiera podido aquel divino y glorioso Carlos V sosegar aquellos tumultos en el tiempo en que se disputaron los errores de Lutero, con tanta eficacia de su parte, introduciendo en la Germania este freno santísimo de España, aquí donde me ves caminar con otro regalo y acompañamiento, pero yo me huelgo que mis padres me hayan dejado esta riqueza de la fe que sobre todas las cosas estimo y de esta pobreza le doy infinitas gracias. (Lope de Vega II: 249-250)¹

La solidez de las ideas sobre las que se sostenía la Monarquía Católica de los descendientes de Carlos V y Felipe II queda demostrada en este fragmento mejor que en ningún

¹ Cito de Lope de Vega, *El peregrino en su patria*, ed. Julián González-Barrera, Cátedra, Madrid, 2016

otro de *El peregrino en su patria*. En el caso de Pío Baroja encontramos este mismo molde, pero el contenido es otro completamente distinto:

—A mí todo esto [dice Fernando Ossorio] me produce miedo; cuando pienso en las cosas desconocidas, en la fuerza que hay en la planta de estas, me entra verdadero horror, como si me faltara el suelo para poner los pies.

—No parece usted español —dijo el alemán—; los españoles han resuelto todos esos problemas metafísicos y morales que nos preocupan a nosotros, los del norte, en el fondo mucho menos civilizados que ustedes. Lo han resuelto, negándolos; es la única manera de resolverlos.

—Yo no los he resuelto —murmuró Ossorio—. Cada día tengo más motivos nuevos de horror; mi cabeza es una guarida de pensamientos vagos, que no sé de dónde brotan

—Para esa misticidad —repuso Schultze—, el mejor remedio es el ejercicio. Yo tuve una sobrecitación nerviosa, y me la curé andando mucho y leyendo a Nietzsche. ¿Lo conoce usted?

—No. He oído decir que su doctrina es la glorificación del egoísmo.

—¡Cómo se engaña usted, amigo! Crea usted que es difícil de representarse un hombre de naturaleza más ética que él; difícilísimo hallar un hombre más puro y delicado, más irreprochable en su conducta. Es un mártir.

—Al oírle a usted, se diría que es Budha o que es Cristo.

—¡Oh! No compare a Nietzsche con esos miserables que produjeron la decadencia de la humanidad.

Fernando se incorporó para mirar al alemán: vio con asombro que hablaba en serio, y volvió a sentarse en el suelo. (Baroja XIV: 345)

En su edición de esta novela, Juan María Martín Martínez y Francisco Muñoz Marquina anotan que este episodio habría sido fruto de una conversación real entre Pío Baroja y Paul Schmitt a propósito de Nietzsche.² No obstante, no deja de ser curiosa esta relación entre este episodio y el de *El peregrino en su patria*. En ambas, la figura de un alemán encontrado a la mitad de un peregrinaje accidental se presenta como el otro, como aquel ser humano que proviene de una realidad completamente distinta a la española. Ese motivo presente en ambas novelas se utiliza, sin embargo, desde extremos opuestos. Se habla, por un lado, de la solidez de los principios de una Monarquía que se concibe como un imperio verdaderamente en funciones a través de los ojos de sus poetas en el siglo XVII; por el otro, de una decadencia moral, espiritual y filosófica diagnosticada como tal, también de la mano de los poetas de España treientos años después.

Lo interesante es que la similitud no acaba aquí. Tanto en Lope de Vega como en Pío Baroja, al encuentro y la conversación siguen los trabajos físicos y espirituales. Pánfilo de Luján subirá por una serie de nueve claustros donde recibirá lecciones de algunos ermitaños, al más puro estilo dantesco. Esta visita a las moradas exteriores e interiores por parte de Pánfilo serán siempre en compañía del alemán y el holandés.

En el caso de *Camino de perfección* el capítulo decimocuarto narra el ascenso de Fernando Ossorio acompañado del alemán Schultze. En este monte no hay claustros, solo un

² Cf. Juan María Martín Martínez y Francisco Muñoz Marquina, “Notas a *Camino de perfección*”, n. 63, Pío Baroja, *Nueve novelas y un prólogo*, p. 1771.

lago. No obstante, la cuestión del trabajo como sufrimiento físico y purificador de *El peregrino en su patria* está una vez más presente: “—¿Conque sube usted a ese monte o no? —Le dijo el alemán—. Creo que le conviene a usted castigar el cuerpo, para que las malas ideas se vayan.” (Baroja XV: 345)

Finalmente, habría que hablar de la cuestión del matrimonio que tanto interesa a ambas novelas. En el caso de Lope de Vega es patente que este es el objetivo perseguido desde el principio, como en cualquier novela griega clásica, meta final a la que se imponen una serie de aventuras.

De nueva cuenta la comparación con Cervantes es ideal, pues en el *Persiles* hay una serie de aventuras maravillosas sobre el Mar del Norte que se interponen antes de que la pareja de amantes se una. En esta novela hay devoción y piedad, la que es propia del héroe épico en tanto a su obediencia a los designios divinos en plena consonancia con la cuestión católica del Libro albedrío. Es, en este sentido, tanto *Persiles* como *Sigismunda* una pareja de héroes épicos.

En *El peregrino en su patria* pesa, en cambio, la influencia de la novela picaresca, de esos trabajos por tierra inscritos dentro de una narración totalmente realista en el que se ofrece poco juego entre la piedad y la peripecia maravillosa. En el caso de Lope estamos ante el mundo del ingenio a medio camino entre Virgilio y Boccaccio. La devoción y la piedad no son un componente de arranque. La purificación del alma a través de ese peregrinaje accidental de perfección pareciera ser una condición para el matrimonio, pero todo ella como fruto de una casualidad y enredo humanos. Al final, como en el *Persiles*, la pareja inicial se une.

En Pío Baroja no hay pareja inicial. Dolores, representante de esa unión amorosa y positiva, aparece solo hacia el final. Para llegar a ella hay una serie de obstáculos y, sobre todo, un sacrificio: aquel de la renuncia definitiva a la pompa y vanidad del mundo ciudadano. No obstante, es también curioso, y significativo a la vez, que *Camino de perfección* se presente como una obra perfecta, es decir terminada. Basta recordar que hay novelas como el *Silvestre Paradox* que dejan un final abierto en contra del realismo galdosiano. Pero esta novela tenía que cerrarse, y, como toda novela griega o comedia de capa y espada, lo hizo en el matrimonio. Esa etapa final que pone fin a la peripecia, al trabajo purificador en ese mismo mundo, sino realista por lo expresionista de su fragmentariedad, al menos no maravilloso, de *El peregrino en su patria*.

Para concluir habría que decir que las similitudes entre *El peregrino en su patria* y *Camino de perfección* podrían ser simples coincidencias al no haber muchos documentos, salvo los comentarios de Azorín, que demuestren que esta novela de Lope de Vega haya servido como algo más que un simple catálogo de comedias para eruditos. Podría también pensarse en

interpretaciones similares, aunque supeditadas a la propia visión histórica de España, de las mismas fuentes, en este caso *Las moradas* de Santa Teresa.

Sea como fuere, las ideas contenidas en uno y otro autor de dos épocas tan importantes para la literatura española dentro de un mecanismo narrativo similar reflejan que la literatura es y será siempre un espacio ideal para afrontar o simplemente retratar los tiempos de bonanzas y crisis del lugar al que esta pertenezca.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AVALLE-ARCE, Juan Bautista (2001): "Introducción" a Lope de Vega. *El peregrino en su patria*. Madrid: Castalia: pp. 9-38 (Biblioteca Básica Castalia 33).
- AZORÍN (1943): *Madrid, Obras selectas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- BAROJA, Pío (2012): *Camino de perfección, Nueve novelas y un prólogo* (ed. Juan María Marín Martínez y Francisco Muñoz Marquina). Madrid: Cátedra.
- ORTEGA Y GASSET, José (1983): *El espectador* (selección y prólogo de Gaspar Gómez de la Serna). Navarra: Salvat (Biblioteca Básica Salvat, 64).
- REYES, Alfonso (1985): *Capítulos de literatura española, Obras completas*, t. VI. México: Fondo de Cultura Económica.
- SOL TLACHI, José Manuel (1985): *Contexto, estructura y sentido de Camino de Perfección de Pío Baroja*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- VEGA, Lope de (2016): *El peregrino en su patria* (ed. Julián González-Barrera). Madrid: Cátedra.